

Prólogo a la edición en español

Julieta Massacese

Al momento en el que la editorial decidió publicar este libro, no imaginamos que las discusiones sobre natalismo se volverían tan frecuentes. Aquí encontrarán visiones heterogéneas que cuestionan o utilizan estratégicamente la idea de población, pero sobre todo que insisten en la necesidad de crear nuevos parentescos. No obstante, aunque hay representantes estadounidenses, indígenas de América del Norte y personas de Asia, no aparece en este texto la perspectiva latinoamericana. De allí que decidimos incluir una pequeña nota al respecto.

Hemos pasado, en particular en Argentina, de un discurso social en el que las mujeres pobres “se embarazan por un plan” (es decir, con el fin de cobrar magras prestaciones estatales), para en unos pocos años después hablar del problema de que las mujeres no parimos lo suficiente. Adicionalmente, este giro se presentó cuando gracias al plan de prevención del embarazo adolescente no deseado, la tasa de natalidad del grupo aludido cayó cerca del 30 %. La mayoría de las personas que se dedican a la demografía consideran que la caída global de la natalidad es una oportunidad histórica para redefinir el modo en el que vivimos, en lugar de un problema. En el caso de las mujeres adolescentes es claro: si una joven puede evitar parir a temprana edad, eso le permite –en lo inmediato– poder terminar sus estudios, que era la principal causa de deserción escolar en las adolescentes.

Si hay algo que las feministas advirtieron enseguida, es que la capacidad de acceder a la educación es una cuestión crucial para el desarrollo individual y colectivo. Asimismo, las feministas del siglo XX

pronto se dieron cuenta de que en los momentos de crisis del capitalismo (ya sea de la producción o en momentos de guerras), las políticas pro-natalidad y antiaborto se afianzaban. Las mujeres debían dejar la fábrica y volver al hogar para tener descendencia. Ubicamos aquí las dos grandes invenciones de la ama de casa: la correspondiente a la primera crisis del capitalismo, en la que mujeres, menores de edad y varones trabajaban hasta la inanición, que el capitalismo “resolvió” con el salario familiar y la idea de que la mujer cuide a la prole gratis. La segunda, en la posguerra europea y estadounidense, que ofrecía un contrapunto a la movilización feminista y prometía los elixires de la era dorada del capitalismo y los electrodomésticos, allí por los años 50. Estas construcciones poco tienen que ver con las realidades históricas previas de las mujeres, en las que la mayoría eran campesinas y trabajaban igual o más que el resto de su familia; lo mismo podríamos decir de las mujeres campesinas latinoamericanas de la actualidad.

Lo particular de nuestro momento histórico es que han surgido derechas, movimientos filofascistas, conservadores de todo cuño, libertarios y un sinnúmero de actores que reclaman que las mujeres tengan más bebés. El difunto pontífice Francisco declaró en 2023, luego de acercarse a un cochecito y sorprenderse al encontrar un perro, que las personas “no tienen hijos y los cachorritos ocupan el lugar de los niños”. A pesar de haber sido el mejor Papa de los siglos recientes, no logró romper con la idea “provida” de que las mujeres están obligadas a parir, incluso siendo niñas. Con todo, el Papa señalaba algo interesante: en la ciudad de Buenos Aires hay más perros que bebés. Eso sí, él mismo, por sus votos, nunca colaboró directamente a la continuidad de la especie. En Argentina, la mayoría de quienes sostienen posiciones antifeministas desde el gobierno, que van contra el aborto, la educación sexual y las personas LGBT+, tampoco son estrictamente muy prolíferas en lo que concierne generar descendencia. Por otra parte, se trata de personas muy fanáticas de los perros de “raza”, que aunque mucha gente no lo sepa, sufren terribles problemas de salud y son criados en lugares ilegales bajo formas que no pueden ser calificadas sino como maltrato animal, en especial sobre las hembras. Una especie de *El cuento de la criada* versión perruna. En palabras de Donna Haraway, podríamos decir que se trata de vidas forzadas. Los perros a pedido, que se compran, son similares a

los bebés a pedido, que también se pagan, y que algunas celebridades eligen tener mediante subrogación y fertilización asistida o *in vitro* por motivos prácticos (dos varones gays que necesitan un útero), por motivos de estética o salud (para no afectar el cuerpo por la gestación), o para elegir el sexo del embrión (como Elon Musk, que solo quiere tener hijos varones, como si necesitáramos más varones blancos multimillonarios).

Hay perros de segunda, como los que viven en la calle y el abandono, y perros sintéticos a medida del consumidor. También hay bebés de segunda y de primera. No se trata meramente de natalismo a secas. Sí hay un decidido impulso de controlar la posibilidad de las personas gestantes de interrumpir sus embarazos, pero por lo demás, la tecnología y el dinero hacen posible los deseos de las personas más pudientes. Quienes se rasgan las vestiduras por los niños por nacer rara vez se pronunciarán por los bebés robados por las dictaduras militares, como las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, la actual y omnipresente inseguridad alimentaria o hablarán en contra de las muertes y heridas de guerra que sufren niños y niñas en Gaza. Tampoco querrán abrir las fronteras para que los pueblos que tienen baja tasa de reemplazo (esto es, países donde las mujeres prefieren estudiar o trabajar a ser madres jóvenes) puedan hacerse de familias y menores de edad que buscan nuevos horizontes. Particularmente, en Argentina los nacimientos indígenas no son celebrados socialmente como el resurgimiento de culturas que habían sido (y continúan siendo) silenciadas, sino que se ha impuesto la idea de que los nativos no son nativos, sino impostores o invasores. Hay, empero, algo más profundo que está bajando la tasa de natalidad a nivel global y no se trata de las feministas. Las personas de mi generación parecemos destinadas a ser más pobres que nuestras predecesoras, difícilmente tendremos casa propia y, aunque quisiéramos tener bebés de nuestro linaje genético o adoptar, probablemente no podríamos por razones económicas. Incluso cuando esto contradiga los mandatos con los que fuimos criadas.

Ahora bien, en el libro que presentamos hay muchos acuerdos, pero también hay muchas fricciones, porque aunque sabemos que las políticas natalistas, ligadas a los Estados nación y sus biopolíticas de población son restrictivas para las mujeres, tampoco podemos ignorar los matices que pueden darse en políticas anti-natalistas. Las

esterilizaciones forzadas, por ejemplo, de mujeres indígenas en el Perú de Fujimori son un ejemplo latinoamericano de ataque a los derechos humanos. La cuestión de la supervivencia de los pueblos que están en riesgo tampoco es un tema trivial. Mientras algunas feministas consideran que la superpoblación es real y que la categoría de población debería mantenerse críticamente, como Haraway, otras —como Michelle Murphy— aluden a que el problema es la distribución, que incluye también al ambiente y a actores no humanos. Por otra parte, los bebés del Norte global tienen una carga de carbono veinte veces mayor que los bebés del Sur global, por lo que el 10 % más rico del planeta genera el 50 % de las emisiones, mientras que el 50 % más pobre apenas roza el 7 %. Los países más natalistas, como Rusia, Hungría o Estados Unidos, son precisamente los que más contaminan.

Murphy critica fuertemente la categoría de población. Aporta buenas razones para hacerlo. En América Latina, la idea de población ha estado siempre ligada a qué tipo de políticas estatales se habilitaban y a la posibilidad de acceder a líneas de crédito y políticas internacionales. Pero, una vez más, la idea siempre fue que nacieran algunos tipos de bebés y otros no. La cuestión de la coerción (por parir o por no parir) está fuera de discusión, sin embargo, el problema no puede ser resumido en un asunto únicamente de soberanía corporal sin tener en cuenta que se trata de un problema ecológico y socialmente enredado. Mientras que solemos (correctamente) atribuir el malthusianismo, este es, la idea de que habrá escasez si la población aumenta, a políticas anti-pobres, a deseos eugenésicos y demás, es curioso recordar a las anarquistas neomalthusianas que se negaban a parir vástagos para la fábrica o la guerra, como Emma Goldman. Una vez más nos encontramos en una crisis ya no solo del capitalismo, sino planetaria. Mónica Tarducci, destacada antropóloga argentina, me comentaba que cuando hay crisis del Estado, lo que se recarga es la familia, lo cual aumenta el trabajo no remunerado de las mujeres.

Un asunto final aparece en este libro: el de los grandes números. Parece que los grandes números no solo nos entusiasman o asustan (generalmente la última). Por ejemplo, los números de cantidad de habitantes, la tasa de reemplazo, etc. Pero, ¿quién hace los grandes números y para quién? ¿Podríamos tener mejores estadísticas? ¿Podría-

mos tener mejores maneras de entender los números sin fetichizarlos? Hoy en Argentina hay índices como el del Riesgo País, que están orientados a los grandes actores financieros y a la confiabilidad sobre el endeudamiento: la economía como macroeconomía. ¿Por qué no tomar el Índice de Desarrollo Humano, que mide salud, educación y bienestar? Si los números midieran cuidados, en vez de deuda, ¿cómo se vería el panorama? ¿Y si el dinero estuviera dedicado a cubrir cuidados, en lugar de especulación financiera? Al final del libro, Kim TallBear recupera modos de organización familiar indígena que podrían aportar a la construcción de nuevos parentescos para las personas que estamos, para quienes están cerca del momento de su partida y para quienes recién llegan, ya sea que se trate de parientes sanguíneos o no. Las sociedades indígenas, campesinas y, en general, las sociedades latinoamericanas tenemos una tendencia hacia la afectuosidad, la construcción de redes y el sostén mutuo. Sin romantizar en exceso, porque usualmente esto surge de la necesidad de supervivencia. Pero hay un saber en los vínculos que fueron marginados, entre los que están también las familias elegidas, los arreglos no familiares, las parejas o vínculos LGBTQ+, las sociedades indígenas que persisten y resurgen le pese a quien le pese, que puede que nos den una ventaja a la hora de construir otras formas de parentesco.



RARA
AVIS